



3

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

RYAN

VIATEC  
Y  
BOGOTAN

BIENITO  
DE LOS  
COMPA

TIEROS  
DE COLC

17

17

17

17

17



1080012365

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG,

Bajo la direccion de los mismos editores.

## VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

DE LOS

# COMPAÑEROS DE COLON,

POR

WASHINGTON IRVING.



MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,  
calle del Principe núm. 4.

1854.

E113  
I7

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG

# VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

DE LOS

## COMPAÑEROS DE COLON

POR

En mi opinion, cuanto ha sido descubierto hasta ahora en los famosos viajes de Hércules, Saturno y otros varios á quienes la antigüedad honró como á dioses, por sus heroicos hechos, queda oscurecido y reducido á la nulidad, comparado con los grandes trabajos y victorias de los españoles.

V. Martyr, decad, III. c. 4.



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155225

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES



# VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

DE LOS

## COMPAÑEROS DE COLON

POR

WASHINGTON IRVING

### PROLOGO

En la historia de Colon, hizo ya el autor relacion del primer descubrimiento verificado en el Hemisferio Occidental. Se propone ahora referir las empresas de varios de los compañeros y discípulos del Almirante, que inflamados por su celo é instruidos por su ejemplo, sobresalieron separadamente en el vasto campo de las aventuras, cuyo camino les habia enseñado. Muchos de ellos no llevaron mas idea que la de costear el continente visitado en parte por Colon, recoger los primeros productos de la pesca de las perlas de Pária y Cubaga, ó explorar la costa de Veragua que Colon decia ser el Aurea Chersonesus de los antiguos. Otros se propusieron llevar á cabo un gran descubrimiento que tenia ya calculado el Almirante, hácia el fin de sus dias, pues habia oido hablar repetidas veces en sus expediciones á Costa Firme de la existencia de un vasto mar hácia el Sur, y suponía que era el grande Océano Indico, region oriental de las islas de las Especies, y que debía comunicar por un estrecho con el mar de los Caribes.

Colon emprendió su último y desgraciadísimo viaje, con objeto deliberado de descubrir aquel

estrecho imaginario y pasar por él al mar del Sur; pero el ilustre navegante debía morir, por decirlo así, en los umbrales de sus descubrimientos. Estaba reservado á uno de sus compañeros, Vasco Nuñez de Balboa, descubrir por primera vez la existencia del prometido Océano, desde las altas montañas de Darien, pocos años despues de haberse cerrado para siempre los ojos del venerable Almirante.

Por tanto las expediciones que aquí se refieren, pueden considerarse como consecuencia inmediata de los viajes de Colon y complemento de alguno de sus vastos designios. Pueden compararse estas tentativas con los esfuerzos de los antiguos paladines para dar cima á la empresa que algun ilustre predecesor habia dejado inacabada: comparacion tanto mas exacta cuanto que es un hecho tan curioso como digno de especial mencion, que al espíritu caballeresco de los españoles, entró por mucho en sus primeras expediciones, revistiendo á estas de un carácter enteramente opuesto al que han tenido otras empresas del mismo género, efectuadas por gentes de distintos paises. Tal vez debe buscarse la causa de esta particularidad en la historia doméstica de España durante la edad media.

Ocho siglos de guerras continuas con los moros, usurpadores de la península, dejaron una profunda huella en el carácter y costumbres de los españoles. Los combates fueron una ocupación ordinaria que se mezcló en sus asuntos domésticos y en sus hábitos individuales. El español nació soldado. La especie de guerra cruel y rapaz que se hacía, imprimía en ellos una especie de caballerismo salvaje, debidos al pillaje y merodeo que creían de derecho. Su caballo y su lanza estaban siempre dispuestos á la pelea; era su mayor delicia emprender escursiones arriesgadas y extravagantes aventuras, y nada les agradaba tanto como volver á sus casas cargados de despojos y con cautivos procedentes de las infelices provincias asoladas por sus armas. Como la religion ha ejercido siempre gran predominio sobre el entendimiento de los españoles, animábalos santificando su propension al robo y al pillaje hasta el extremo de que un caballero castellano que devastaba los campos de un vecino musulmán, cria piadosamente que todo esto era en honra y gloria de Dios.

La conquista de Granada dió fin á la guerra entre cristianos y moros, el espíritu caballeresco de los españoles se vió repentinamente privado de su centro de acción, pero había sido excitado por largo tiempo, y no podía reposar de improviso. La juventud, educada en medio de los disturbios, ansiaba distinguirse por medio de extraordinarias aventuras, huyendo del reposo que una vida pasiva y regular trae consigo, deseaba un ancho campo que abriese un porvenir á sus romancescas imaginaciones. Tales fueron las felices coyunturas en que el gran proyecto del Almirante se llevó á ejecución. Su tratado con los Reyes Católicos debió firmarse con la propia pluma que firmó la capitulación de Granada, y su primera expedición puede decirse que salió de los mismos muros de la ciudad rendida. Una porción de caballeros jóvenes que habían blandido sus espadas en aquella famosa guerra, se apresuraron á embarcarse creyendo que iba á abrirseles una nueva carrera de gloria, una especie de cruzada en regiones desconocidas donde reinaba la idolatría. Las lanzas y armaduras que se habían usado contra los moros, salieron de los arsenales para equipar á los héroes del descubrimiento y algunos de los más célebres capitanes de los ejércitos que marchaban contra el Nuevo Mundo, habían ejecutado sus primeras hazañas bajo las banderas de Fernando é Isabel, durante las románticas y helicasas correrías de estos al través de los hermosos montes de Andalucía.

De ahí provino, en gran parte, el espíritu á la vez belicoso y caballeresco, mezclado con la áspera franqueza del marino, y la sordida ambición del mercenario aventurero, que caracterizó las primeras expediciones de los españoles. Embarcáronse estos en las galeras expedicionarias, arrastrados por sus deseos de aventuras, abandonaron la tierra y se lanzaron á los mares; acompañándoles á los ásperos desiertos del Nuevo Mundo; el mismo desprecio del peligro, la propia fortaleza en los sufrimientos, igual in-

quietud de espíritu, idéntica pasión por el pillaje, y las gloriosas hazañas, y un celo ferviente y con frecuencia supersticioso por la propagación de la fe, no inferior al que habían mostrado durante la prolongada guerra de los moros. Repetidas pruebas de ello se ven en la extravagante excursión del intrépido Ojeda, particularmente en sus aventuras en Costa Firme, y por las desiertas playas de Cuba; en la triste historia del infortunado Nicuesa, á pesar de estar adornada con algunos toques de la más selecta educación y cortesía, en el singular cruzero del viejo y valiente aunque crédulo caballero Juan Ponce de León, que sucumbió en las encantadoras costas de la Florida, buscando la imaginaria fuente de la juventud; y sobre todo en la mala fortuna que tuvo al fin Vasco Nuñez de Balboa, cuyo descubrimiento del Océano Pacífico forma uno de los más bellos y admirables episodios de la historia del Nuevo Mundo, y cuyos hechos suministran abundante materia para formar un poema ó un drama maravillosos.

Las extraordinarias acciones y aventuras de este hombre, al paso que rivalizan con las que nos refieren los romances de la caballería, tienen además el interés de la verdad; y nos llenan de admiración, el atrevimiento y las heroicas cualidades, inherentes al carácter castellano, que condujeron la España á tan alto grado de poder y de gloria, cualidades que todavía distinguen en la gran masa de un pueblo los que tienen ocasión de juzgarlo imparcialmente.

Antes de concluir esta reseña preliminar, cumple al autor manifestar lo que debe al tercer tomo de la inestimable colección histórica de don Martín Fernández de Navarrete, en la cual este autor da pruebas de su laboriosidad, aptitud y criterio. También se ha aprovechado mucho del segundo tomo de la *Historia general de Oviedo*, que no existe sino manuscrita, y cuya copia encontró en la librería Columbiana de la catedral de Sevilla.

Igualmente le han servido los documentos del pleito entre don Diego Colón y la corona que existen, en los archivos de Indias, y que hubo ocasión de examinar, gracias al permiso que para ello le otorgó el gobierno, las benévolas atenciones del inteligente archivero don José de la Higuera y Lara. Estos trabajos históricos y los de Herrera, las Casas, Gomara y Pedro Martir, han sido las autoridades que ha consultado para la relación de los hechos consignados en este escrito, cuya lectura no le ha parecido bien interrumpir con continuas llamadas.

Mientras se estaba imprimiendo esta obra, recibió un volumen de biografías españolas, escrito con la mayor elegancia y precisión por don Manuel José Quintana, que contiene la vida de Vasco Nuñez de Balboa, y notó con la mayor complacencia que todos los hechos relatados por este humilde escritor se hallaban generalmente de acuerdo con los que él había atribuido al navegante. Tuvo, sin embargo, que corregir algunas fechas y hacer otras pequeñas alteraciones, tomadas del volumen del señor Quintana, cuya posición en España le daba medios de ser más exacto en estas materias.

## ALONSO DE OJEDA,

SU PRIMER VIAJE,

ACOMPAÑADO DE

AMÉRICO VESPUCCIO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Noticia acerca de Ojeda.—Juan de la Cosa.—Américo Vesputio.—Preparativos de viaje.

Los que hayan leído la Historia de Colón, sin duda recordarán el carácter y las proezas de Alonso de Ojeda; pero como es probable que algunos de nuestros lectores no tengan conocimiento de aquella obra, y como nos proponemos trazar el cuadro de los hechos posteriores de este joven aventurero, no nos parece superfluo hacer aquí en breves líneas su bosquejo.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, en Castilla la Nueva, é hijo de una familia respetable. Recibió una regular educación, y entró en calidad de paje al servicio de D. Luis de la Cerda, duque de Medina-celi, uno de los nobles más poderosos de España, y él mismo que por largo tiempo protegió á Colón durante su permanencia en la corte (1).

En aquellos tiempos de guerra y tribulación, en que la península se hallaba perturbada á la vez por las continuas desavenencias de los reyes cristianos, las contiendas entre los nobles y la corona, y por la guerra incesante y devastadora con los moros, el caso de un noble español era una escuela perfecta de armas, adonde todos los jóvenes de las cercanías acudían para instruirse en toda especie de duros y penosos ejercicios, y para ser conducidos al combate bajo una ilustre bandera.

En este caso se hallaba especialmente el servicio del duque de Medinaceli, que poseedor de vastos dominios, rodeado de una pequeña corte y capitaneando en persona numerosas huestes de vasallos, se presentaba con tanta pompa y magnificencia, que más bien podía juzgarse aliado que súbdito de los reyes.

En las más áridas empresas era el primero que se arrojaba al peligro, y más de una vez se le vió dar muestras de un valor heroico durante la memorable guerra de Granada.

Alonso de Ojeda estaba precisamente formado para distinguirse en su escuela. Era pequeño de cuerpo, pero bien formado; y de una fuerza y actividad maravillosas; de espíritu elevado, mirada altiva que compensaba su falta de estatura; áiroso y diestro ginete, buen soldado de infantería, hábil en el manejo de todas las armas, y célebre por su extraordinaria habilidad y destreza en todo género de ejercicios de fuerza y agilidad.

Debía ser aun sumamente joven, cuando siguió en calidad de paje al duque de Medinaceli á pelear contra los infieles; pues apenas contaba veinte y un años cuando acompañó á Colón en su segundo viaje, y no obstante, ya se había distinguido por su carácter emprendedor y su valor temerario. Las proezas que ejecutó durante aquella expedición, contribuyeron á aumentar su fama. Volvió á España con Colón, pero

(1) Varones ilustres, por Pizarro y Orellana, pág. 44. Las-Casas, Hist. Ind., lib. 1, cap. 82.

no le acompañó en su tercer viaje, que se verificó en la primavera de 1498. Se supone que no podía sufrir la subordinación, y ambicionaba un mando independiente que esperaba obtener con la influencia de sus relaciones.

Tenia un primo hermano de su mismo nombre, el reverendo padre Alonso de Ojeda, fraile dominico, que era uno de los primeros inquisidores y gran favorito de los Reyes Católicos (2) y además íntimo amigo del obispo don Juan Rodríguez Fonseca: este manejaba en aquel tiempo todos los negocios concernientes á las Indias, nombre que comprendía todas las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo. Por los buenos oficios del primo inquisidor, fue Ojeda presentado al obispo, el cual le tomó bajo su especial patrocinio. Ya se ha hecho mérito en la Historia de Colón del regalo con que este obispo obsequió á Ojeda, consistente en una pequeña imagen de la Virgen Santísima, de la escuela flamenca. El joven aventurero llevaba la efigie consigo, como un talisman salvador, invocándole en cualquier peligro que se hallase, ya fuese por mar ó por tierra; y á su especial protección, atribuía la notable circunstancia de no haber sido herido en ninguna de las innumerables escaramuzas y batallas á que le arrastraban la impetuosa de su carácter y la irascibilidad de su temperamento.

Mientras Ojeda estaba ocioso en la corte, se recibieron cartas de Colón, noticiando los sucesos ocurridos en su tercer viaje, particularmente su descubrimiento de las costas de Parí, de las cuales decía que eran muy abundantes en drogas y especería, plata, oro y piedras preciosas, sobre todo en perlas orientales, y que formaban los límites de aquella vasta y desconocida región del Este, donde, según algunos sabios teóricos, se hallaba situado el paraíso terrenal. Acompañaban su epístola muestras de varias clases de perlas obtenidas de los naturales y algunos mapas descriptivos de su derrotero. Estas noticias causaron profunda sensación en los aventureros marinos españoles; pero ninguno se conmovió tanto como Alonso de Ojeda, quien por su intimidad con el obispo, podía enterarse plenamente de la correspondencia y mapas de Colón. Sin tardanza concibió el proyecto de hacer un viaje por el camino que había marcado el Almirante, y apoderarse antes que ninguno de los frutos abandonados de aquel descubrimiento. Fonseca acogió la idea de Alonso, como implacable enemigo que era de Colón, aceptándola con igual placer que todos los que se dirigían á herir su amor propio ó mortificarle.

Autorizó á Ojeda para tripular un buque y proceder inmediatamente á un viaje de descubierta, con la única prohibición de no anclar en ningún país perteneciente á Portugal, ni en ninguna de las tierras descubiertas por los españoles antes del año 1495. Esta última cláusula parece haber sido introducida

(2) Pizarro, Varones ilustres.